

RESEÑA DEL LIBRO
*EL HOMBRE, LA ECONOMÍA
Y EL ESTADO*, VOL. II
DE MURRAY ROTHBARD
(Unión Editorial, Madrid 2013,
600 páginas)

CRISTÓBAL MATARÁN LÓPEZ*

Siguiendo con lo expuesto en su primer tomo, Murray Rothbard continua, en un primer momento, con los dos temas que aún faltan para comprender la producción. No puede entenderse lo que sucede en un sistema económico sin la *función empresarial*. Pero no hablamos de una empresarialidad consistente en una mera gerencia en la búsqueda de unos beneficios contables. Nos referimos a la rica y variada acción humana que Mises nos enseña en su tratado homónimo. Una función empresarial consistente en la alerta ante oportunidades de ganancia en las que se busca un beneficio empresarial puro. Porque, aunque esta palabra se encuentre proscrita y casi maldita en nuestro acervo léxico, el beneficio es lo que guía las acciones humanas de todos. Nadie, por mucho que se grite en contra de ánimo de lucro, se guía por el *ánimo de pérdida*. La humanidad, para llegar a donde se encuentra, se ha guiado por el principio de que los ingresos superen los costes. Por supuesto, entendiendo ingresos y costes en un sentido puramente subjetivo, como la Escuela Austriaca enseña.

Para acabar con el bloque sobre producción, Rothbard trata de tema del cálculo del precio de los factores producción. Esto nos lleva necesariamente al *teorema de la imposibilidad del socialismo*,

* Máster en Economía de la Escuela Austriaca por la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid.

vislumbrado por Ludwig von Mises en 1919 y ampliado posteriormente en 1922. Según esta doctrina, el socialismo no es posible debido a la imposibilidad de establecer un cálculo económico, lo cual necesita de dinero y propiedad privada para llevarse a cabo. El socialismo, al negar la propiedad privada de los medios de producción, evita el establecimiento de un sistema de precios que permita a los agentes económicos una guía clara y concisa de sus acciones. Para entendernos, los precios son algo así como señales de tráfico que guían las acciones humanas. Sin ellos, el caos es evidente.¹

A continuación, el tema sobre monopolio y competencia debe ser someramente estudiado y comprendido por aquellos que han cultivado la metodología *mainstream* a lo largo de su carrera (aunque seguramente sea porque no conocen otra). La crítica desde la Escuela Austriaca hacia la síntesis neoclásica cuenta con uno de sus principales ataques en el concepto de monopolio. Derivado del estático concepto de *competencia perfecta* en el que nadie inventa nada y nadie hace nada nuevo, se deriva la necesaria consecuencia de que un monopolio es un mercado en el que solo existe una empresa. Sin embargo, el análisis austriaco va mucho más allá. Al ser su concepción mucho más rica y dinámica, el monopolio no se basa en una fotografía en la que, en un momento dado, existe una única empresa proveyendo al mercado. La idea se basa es que ninguna otra empresa pueda entrar a competir en ese mercado. Llegados a este punto, ninguno de los argumentos sobre empresa demasiado grande frente a otras pequeñas sería válido, ya que, volviendo al teorema de la imposibilidad del socialismo, a esta gran empresa le sería mucho más difícil efectuar un cálculo económico exacto sobre sus acciones y se encontraría en una posición de difícil competencia frente a una constelación de pymes que le vayan comiendo cuota de mercado poco a poco. Por tanto, el monopolio es posible si, y solo si, el estado otorga un privilegio en virtud del cual, haciendo uso

¹ Por cierto, uno de los argumentos utilizados por los soviéticos para defenderse de las acusaciones de esta teoría era que sí se utilizaban precios en la extinta Unión Soviética. Esto era cierto. Por supuesto que en la URSS se sabía cuál era el precio de una tonelada de petróleo o de hierro: el precio que se daba en los países capitalistas.

de su aparato coactivo, impida el acceso a otras empresas en libre competencia.

Rothbard nos explica, seguidamente, el dinero y sus funciones. Esto da pie para introducir la crítica a la Escuela Keynesiana. Rothbard defiende la función del dinero como depósito de valor. Keynes se centró en un ataque a su demonio particular: el *atesoramiento*. No fue consciente, sin ninguna duda debido a su ignorancia en materia económica, de que una de las funciones principales del dinero es que funciona frente a depósito de valor frente a las eventualidades de la vida. En el estudio de la oferta y la demanda de los medios de pago, Rothbard llegar a la conclusión que defendió durante toda su vida: solo el oro puede funcionar como moneda que realmente cumpla las funciones para las que fue inventada. Un invento, recordemos, que surge espontáneamente al necesitar los seres humanos un medio de cambio intermedio con el que efectuar sus transacciones y, de esta forma, aumentar exponencialmente sus posibilidades de intercambio y de división del trabajo.

Finalmente, como anarquista que fue, Rothbard ofrece un análisis pormenorizado de las consecuencias de la intervención del estado en la economía. Este último capítulo da pie a la obra que recientemente se ha publicado en español: *Poder y mercado*, desgajada del texto principal debido a su extensión. El autor explica desde la intervención en los precios, posiblemente la preferida por los gobiernos, hasta los impuestos, pasando por el gasto público o la regulación. Deja para el final un breve apunte sobre el ciclo económico, el cual, para Rothbard, viene como consecuencia de la intervención sistemática de gobiernos y bancos centrales sobre el sistema financiero y monetario. Porque no es posible explicar el ciclo económico en el mercado libre. Es ontológicamente imposible. Como mucho, puede explicarse una crisis cuando la economía está poco desarrollada y es muy dependiente de la agricultura. Así, una sucesión de malas cosechas condena al hambre a la mayoría de la población. Sin embargo, el tema del ciclo económico, al que tan mal acostumbrados estamos en las economías mal llamadas capitalistas como algo inevitable, conlleva la idea de una caída súbita en la actividad económica. Este descenso repentino, con su dramático colorario en forma de elevada tasa

de desempleo, centró la atención de muchos economistas a raíz de la Gran Depresión (1929). Aún así, en la mayoría de centros universitarios se explica que estas caídas son obra y gracia de alguna autoridad divina, sin posibilidad de explicación. Rothbard, de manera brillante, pone el punto sobre la i: la violación de los principios generales del derecho en materia de guarda y custodia del 100% de los depósitos a la vista, combinado con una bajada en los tipos de interés, suponen un cóctel perfecto para la tormenta financiera. Realizando un estudio histórico, el autor nos explica que los bancos, en un primer momento, se sintieron tentados a emitir más recibos de aquella mercancía que los depositantes dejaban para la guarda y custodia. Así, mediante un proceso inflacionario se engañó a los agentes económicos bajo la creencia de que el ahorro de la sociedad había aumentado, cuando tal cosa no había sucedido. Tarde o temprano, los errores de inversión se manifiestan en forma de una recesión económica, donde dichos errores serán depurados. Sin embargo, lo realmente trágico de las economías occidentales es, como ya se ha dicho, la creencia de que se trate de una condición intrínseca del capitalismo, cuando el sistema financiero y bancario es aquel más intervenido de las economías modernas.

En resumen, Rothbard ofrece un tratado que bien puede ser utilizado como manual para los estudiantes de primero de cualquier grado en economía. Sus detenidos argumentos, combinados con algún trazo de ácido humor, construyen un edificio teórico inigualable sobre el que asentar posteriores estudios económicos, ya sea en ámbitos históricos o teóricos.